

Historia, identidad y estrategia en la Federación Rusa

Resumen:

Rusia es una gran nación con una experiencia histórica muy singular que por razones de proporciones y por una posición geopolítica excéntrica tiene dificultades para incorporarse plenamente al mundo europeo al que pertenece. La falta de comprensión de la sensibilidad rusa en materia geopolítica ha contribuido a que se retrocediera gran parte del camino andado entre los países de la OTAN y la Federación Rusa tras el fin de la Guerra Fría. En la actualidad, la desescalada de las tensiones entre ambas partes y la reconstrucción de unas relaciones estratégicas cooperativas es un reto complejo pero esencial para afrontar el futuro. Oriente Medio puede dar una oportunidad a Putin.

Abstract:

Russia is a great nation with a very unique historical experience. For reasons of size together with an eccentric geopolitical position, the country has difficulties to join fully the European world to which it belongs. The lack of understanding of Russian sensitivity in geopolitical matters has caused a considerable retrace of the step the NATO countries and the Russian Federation had moved forward after the end of the Cold War. Nowadays, the de-escalation of tensions between both sides as well as the reconstruction of strategic cooperative relations is a complex but essential challenge to face the future. The Middle East may give an opportunity to Putin.

Palabras clave:

Rusia, estrategia, identidad, historia rusa, Estados Unidos, Unión Europea, Occidente, Oriente Medio.

Keywords:

Russia, strategy, identity, Russian history, United States, European Union, Western world, Middle East.

Introducción

El 3 de marzo de 2016 el ministro de Asuntos Exteriores de la Federación Rusa, Sergei Lavrov, publicó un artículo titulado: «La política exterior rusa: sus antecedentes históricos». Pudiera parecer una cuestión secundaria, pero no lo es. La interpretación de la historia, la configuración de la identidad nacional que se deriva de esta y el sistema de valores específico que ha dado una personalidad diferenciada a la nación rusa están adquiriendo una gran importancia en la política y la estrategia del Kremlin. De ese modo, el 4 de noviembre de 2016 el presidente Putin en compañía del patriarca ortodoxo ruso, Kiril, inauguró un monumento de dieciséis metros de altura dedicado al príncipe Vladimiro, monarca de Kiev del siglo X que, al convertirse al cristianismo y casarse con la princesa bizantina Ana, puso los cimientos de la cultura y de la nación rusas.

Por otra parte, la Estrategia de Seguridad Nacional de la Federación Rusa, de 31 de diciembre de 2015, reconoce la cultura como una prioridad estratégica para asegurar los intereses nacionales y Olga Oliker en la presentación de dicho documento en el Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales (CSIS) recuerda que la expresión «los tradicionales valores espirituales y morales rusos» aparece en aquel diez veces.

En el documento Russian National Identity and Foreign Policy Igor Zevelev afirma que en el periodo de 2012 a 2016, el discurso sobre la identidad nacional rusa y la política exterior se entremezclaron en un grado extraordinario. Moscú empezó a buscar un espacio en el sistema internacional basándose en discursos domésticos y «grandes ideas» procedentes del propio país, así como reinterpretando la historia rusa aislada del proceso mundial. El resultado ha sido una aparentemente irracional amalgama de narrativas de identidad nacional, discursos de seguridad internacional y objetivos de seguridad interna. En las tres esferas el Kremlin ve amenazas que proceden de Occidente.

En la actualidad desde Occidente se contempla con cierto desconcierto el comportamiento de Rusia en la esfera internacional. No obstante, la dificultad para interpretar los puntos de vista rusos no es exclusiva de nuestro tiempo. Así el profesor Yonah Alexander afirma que «no es de extrañar, sin embargo, que las políticas y acciones de Rusia desde la Revolución de Octubre de 1917 hayan sido interpretadas por las naciones occidentales como un [rompecabezas] bastante complicado. Por ejemplo, el primer ministro Winston Churchill, durante una emisión de la BBC en octubre de 1939, comentó en relación con la conducta de Rusia en las primeras etapas de la Segunda

Guerra Mundial: «Es un acertijo envuelto en un misterio dentro de un enigma; pero tal vez haya una clave. La clave es el interés nacional ruso».

Todas estas circunstancias revisten una gran importancia porque la falta de comprensión de la sensibilidad rusa en materia geopolítica —la cual está muy condicionada por la experiencia histórica— ha contribuido a que se retrocediera gran parte del camino andado entre los países de la OTAN y la Federación Rusa tras el fin de la Guerra Fría. En la actualidad la desescalada de las tensiones entre ambas partes y la reconstrucción de unas relaciones estratégicas cooperativas es un reto complejo pero esencial para afrontar el futuro.

Este documento pretende explicar de qué modo la peculiar historia de Rusia ha contribuido a perfilar la cosmovisión de esta nación y, muy en particular, su relación estratégica con Occidente y analizar las razones que han llevado al Gobierno ruso a situar la historia y la identidad en el debate político interno, así como su impacto en el actual escenario estratégico.

Perspectiva rusa de su historia

Como elemento de partida conviene considerar que Moscú se interpreta a sí misma como la capital de un imperio-nación. El historiador británico especialista en Rusia, Geoffrey Hosking reflexionaba con gran agudeza en 1995: «Gran Bretaña tuvo un imperio, pero Rusia fue un imperio y quizás lo siga siendo». De hecho, desde el siglo xv Rusia, al sacudirse el yugo tártaro, conoció un proceso de expansión imperial la gran epopeya rusa de los siglos xvi al xviii que cruzó los Urales y llevó el dominio de Moscú hasta encontrarse con el Imperio español en la costa norteamericana del Pacífico, atravesando los territorios más inhóspitos de la tierra que no se detuvo hasta su máximo dominio territorial al concluir la Segunda Guerra Mundial.

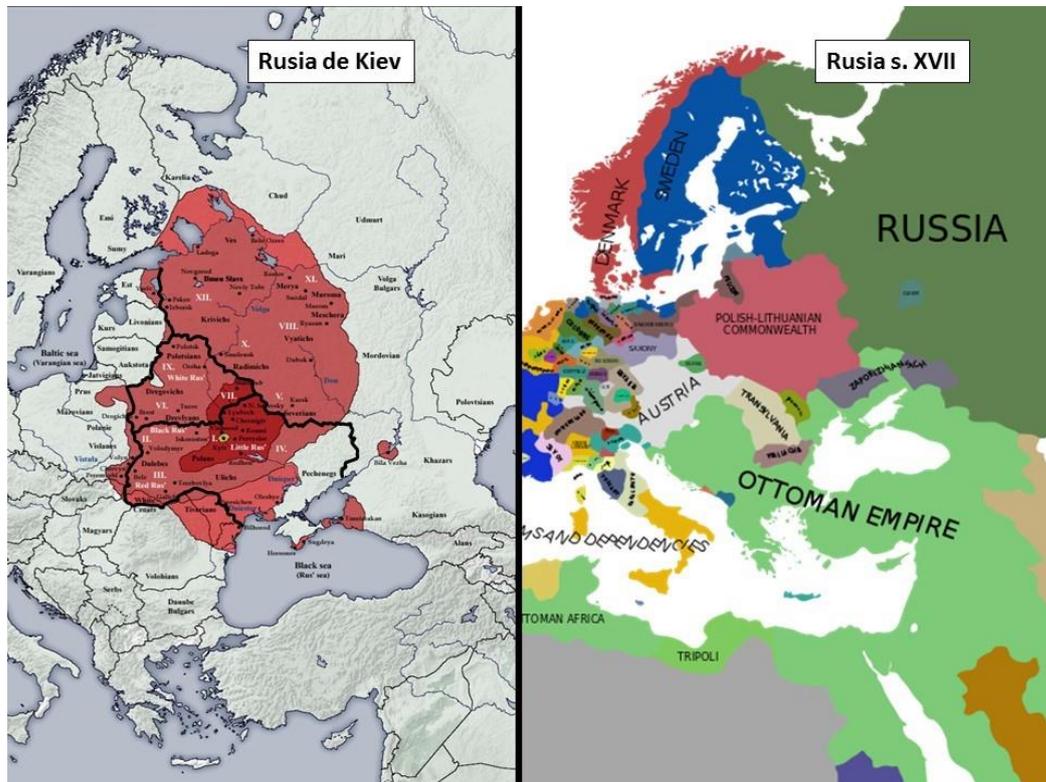
Mientras que los demás imperios europeos utilizaron el mar como vía de enlace con sus colonias o territorios, los rusos se expandieron por vía fluvial, de modo que el imperio fue extendiendo sus fronteras conservando la continuidad territorial. Es curioso constatar como el territorio de Alaska, que no cumplía dicha condición, fue vendido a Estados Unidos en 1867. Cuando las demás potencias imperiales se vieron sometidas al proceso descolonizador, el Imperio ruso, sin mares que lo fragmentara y con una mayor —aunque muy imperfecta— amalgama nacional, conservó su integridad territorial. Incluso considerando únicamente a la Federación Rusa, esta sigue siendo un imperio en todo

menos en nombre. Sus fronteras actuales se aproximan grosso modo a las de los territorios que Pedro el Grande legó a su sucesor.

La conciencia imperial de la nación rusa, que dota de un sentido jerárquico a Rusia en relación con otras naciones, reclama para sí la condición de potencia y da gran importancia a las cuestiones de rango y dignidad nacional en el concierto internacional. Además, como suele ocurrir con los imperios, dicha condición ha imbuido a Rusia de un sentimiento de excepcionalismo que se siente confirmado por el papel jugado por Rusia de salvador de Europa al precio de enormes sacrificios en las dos grandes guerras patrióticas: la napoleónica y la Segunda Guerra Mundial. Dicho excepcionalismo nacional encuentra además un relato coherente y legitimador en la condición de Rusia como heredera del Imperio romano y sede auténtica (bizantina) de la Iglesia cristiana.

Al sobrevivir el Imperio romano de oriente mil años al de occidente, Bizancio siempre se consideró heredera exclusiva del imperio. Tras la caída de Constantinopla y la expansión del Imperio otomano los príncipes rusos quedaron como últimos monarcas de estirpe romana, adoptando Iván el Terrible el título de Zar (Cesar).

Como se ha visto anteriormente, la Rusia de Kiev en los siglos x al xii es el origen de la nación rusa que entonces agrupaba a los eslavos del Este en una federación de principados cuyo centro geográfico estaba en torno al lugar donde convergen en la actualidad las fronteras de la Federación Rusa con las de Bielorrusia y Ucrania. Los rusos perciben a ambos países —eslavos del Este, como Rusia— como naciones hermanas sin una clara línea de demarcación emocional dentro del imaginario ruso.



(Fuente: elaboración propia)

La invasión tártara del siglo XIII había devastado los principados de la Rusia de Kiev, los cuales se liberarían del vasallaje en el siglo XV desde la Unión Polaco Lituana en el Noroeste (los actuales territorios de Bielorrusia y Ucrania) y desde el principado emergente de Moscú en el Norte, el cual en el siglo XVIII volvería a reunir bajo un mismo monarca todos aquellos dominios. La posterior historia rusa es tan compleja e intrincada que toda argumentación territorial puede encontrar su propia coherencia.

El ímpetu guerrero de la estepa es otro de los factores que ha contribuido a forjar el carácter ruso, siendo que los eslavos la ocuparon para oponerse a los peligros que de ella emanaban. Al implantarse en ella, viniendo de los bosques del Norte, la amenaza no decreció, lo que produjo en sus pobladores una huida hacia delante que extendió aún más los confines del imperio. La enorme amplitud del territorio y la ausencia de fronteras naturales sobre un espacio muy abierto, también hacia el resto de Europa, hacía el territorio ruso difícil de defender. Los gobernantes del Kremlin siempre sintieron la

necesidad de disponer de espacios interpuestos o zonas de influencia para ganar tiempo de reacción en caso de invasión o ataque exterior.

Un problema añadido ha sido la dificultad de Moscú para acceder desde sus territorios a los mares abiertos y el empeño correspondiente para abrirse camino en dicho sentido, lo que ha constituido una constante de la geopolítica rusa en los últimos trescientos cincuenta años. De hecho, a mediados del siglo XVII, cuando Rusia ya había conquistado todo Siberia y llegado a las costas del Pacífico y a través del Volga enlazaba con el mar Caspio y la Ruta de la Seda, tenía los mercados de Europa cerrados al sellar Suecia y la Unión Polaco-Lituana su acceso al mar Báltico y el Imperio otomano el del mar Negro. Por su parte, el expansionismo ruso ha causado siempre alarma en sus vecinos. La reacción de estos se ha interpretado frecuentemente en Rusia como una aversión hacia ella o un intento de excluirla de Europa. El resultado es una vecindad tensa y difícil de gestionar para ambas partes con un desproporcionado victimismo ruso.

El devenir histórico ha situado a figuras de fuerte impronta autoritaria en los grandes momentos de su historia, lo que incluye a Stalin como vencedor de la Segunda Guerra Mundial. De Pedro el Grande, prototipo de Zar y artífice de la apertura de su imperio a Europa, se dice que sacó al país de la barbarie siendo él mismo un bárbaro. Frente a figuras como Catalina la Grande, Iván el Terrible o Alejandro I, Vladimir Putin responde a la preferencia nacional por un líder fuerte.

Por último, la identidad nacional rusa se debate entre dos polos de atracción: el eslavismo y el occidentalismo. Si el eslavismo representa la preferencia por mantenerse fieles hacia sus tradiciones y esencias propias, el occidentalismo es el reflejo de la atracción hacia la pujanza de las sociedades occidentales. Cuando Kissinger afirmó que «para interpretar a Putin hay que leer a Dostoievski, no Mein Kampf», hacía referencia al eslavismo radical del presidente ruso. Lo que parece evidente es que el actual contexto de confrontación entre Occidente y la Federación Rusa está debilitando el componente occidentalista del alma rusa y reforzando el eslavista en un grado muy acentuado, algo que no favorece las relaciones entre la Federación Rusa y los países Occidentales.

Los pilares sobre los que se asienta y con los que está construida la identidad de la nación-imperio rusa son: la identidad eslava con la consiguiente vocación de tutelar a todo el mundo eslavo, la religión ortodoxa como fundamento de su cultura y elemento diferenciador con Occidente y la impronta bizantina. Un profundo nacionalismo muy identificado con su historia, con su propia impronta cultural y su capacidad para

sobreponerse a circunstancias y condiciones de vida muy adversas caracteriza a una sociedad muy dada a los extremos: con un lado, sensible al arte, generoso, estoico y, con otro, cosaco, primario, rudo y heroico.

Crecientes diferencias entre la Federación Rusa y Occidente

Cuando cayó el muro de Berlín los países occidentales aplicaron con los países de la Europa del Este el principio de integración que tanto éxito había dado en Europa occidental después de la Segunda Guerra Mundial. La incorporación de aquellos países a la Unión Europea y a la OTAN suponía la extensión del espacio de seguridad y de bienestar a los países a los que la Unión Soviética había impuesto su modelo y su dominio tras haberlos ocupado al final de la gran contienda. No era posible aplicar el mismo principio a la Federación Rusa. Había un problema de proporciones.

Sin embargo, la prioridad estratégica era Rusia. Era esencial desactivar la amenaza rusa para poder pasar página y clausurar definitivamente la Guerra Fría. Con dicho fin desde los Estados Unidos y la Unión Europea se impulsó una política dirigida a facilitar la democratización del gran vecino del Este, el desarrollo de la economía de mercado y la implantación en su sociedad de los valores occidentales, de modo que Rusia quedara incorporado al orden liberal global.

Inicialmente, la población rusa, plenamente consciente de la abrumadora superioridad del modelo de vida occidental en relación con lo que había sido su existencia en la Unión Soviética, abrazó con entusiasmo la occidentalización de su sociedad, esperando con ello poder disfrutar también de las ventajas materiales de los países de Europa occidental. Álvaro Gil-Robles comenta en dicho sentido: «yo mismo fui testigo en aquellos años, del entusiasmo que reinaba entre los rusos con la esperanza de que se les abriera la puerta a los éxitos y al desarrollo de Occidente, a la sociedad del bienestar, al tiempo que a una verdadera democracia».

Sin embargo, antes de acabar la década, en 1999, la situación general de la sociedad y la nación rusa no podía ser más desalentadora: la situación era de auténtico colapso económico. Un país que albergaba las mayores reservas europeas de petróleo se vio obligado a racionar los combustibles para calefacción, e incluso volvieron a repetirse los problemas de abastecimiento de productos básicos que se produjeron en los años ochenta. El frágil gobierno de Yeltsin, abocado al impago de su deuda exterior y con problemas para sufragar pensiones, subsidios y salarios del sector público, se vio

obligado a pedir un crédito de 22.600 millones de dólares por parte del extremadamente impopular FMI. Por si fuera poco, ese mismo año la OTAN consumó su primera expansión hacia el Este con el ingreso de Polonia, Hungría y la República Checa; toda una humillación para el nacionalismo ruso que vino a sumarse a la intervención de la Alianza Atlántica en Kosovo contra la expresa voluntad de Moscú. El rechazo social al nuevo modelo económico y al carácter de las nuevas relaciones con Occidente y la UE alcanzó sus cotas más elevadas desde el final de la Guerra Fría.

En importantes sectores de la sociedad rusa se interpretó que el interés de Occidente para impulsar sus propios principios y valores en Rusia no era más que una política instrumental para debilitar a la Federación Rusa y excluirla del espacio europeo, lo que propició la vuelta de los fantasmas del pasado. Los valores occidentales aparecían como un «caballo de Troya» de Occidente que recuperaba un cierto perfil de amenaza.

Cuando Putin entró en la escena política rusa en el año 2000, lo hizo con la idea de revertir el desolado panorama nacional, lo cual contrastaba en aquella época con la gran satisfacción con la que desde la Unión Europea se contemplaba a Rusia, nación que había dejado definitivamente de ser una preocupación para los antiguos rivales de la Guerra Fría.

Si para el presidente Putin la idea de devolver a Rusia la dignidad y la posición internacional perdidas era su prioridad principal —el principio inspirador de su enfoque político y estratégico—, el pragmatismo le obligó a resolver primero los asuntos internos. En primer lugar, tuvo que resolver el problema militar en Chechenia, lo que reforzó su posición como líder nacional; a continuación sometió a los oligarcas que se habían adueñado de la riqueza del país y retaban sin escrúpulos al Kremlin. En tercer lugar, tuvo que poner orden en la administración del Estado y la economía. Con ello abordó las medidas más urgentes para hacerse con las riendas del poder, dar coherencia al Estado y ganarse el respeto de la población rusa. El incremento en la demanda de los hidrocarburos y el alza en el precio del petróleo asociado al crecimiento en las potencias emergentes, permitieron multiplicar los ingresos del Estado ruso durante las dos primeras presidencias de Vladimir Putin (2000-2008), y por ende su capacidad de maniobra interna y externa. Los problemas de desabastecimiento dentro del país pasaron a la historia, el desempleo disminuyó significativamente y asalariados y pensionistas comenzaron a recuperar capacidad adquisitiva, al punto de ir dando forma a una nueva clase media.

Durante este tiempo, Rusia fue identificada por los inversores internacionales como una de las denominadas potencias emergentes BRIC (junto a Brasil, India y China).

Gran parte del éxito de Putin como líder nacional ruso se fundamenta en que las líneas directrices de su concepción política tanto interna como internacional se corresponden con los hondos sentimientos del pueblo ruso. Se puede afirmar que Putin no ha impuesto al pueblo ruso su visión política, sino más bien que ha sido el intérprete de sus aspiraciones nacionales. Igor Zevelev lo explica del siguiente modo: «las políticas del presidente Vladimir Putin están profundamente enraizadas en la historia y la tradición. Putin opera en un contexto intelectual y político específico y frecuentemente da voz al consenso de las élites en relación al papel de Rusia en el mundo. Dicho consenso sostiene que el especial lugar que le corresponde en el ámbito global está predeterminado por la identidad singular de Rusia basada en su historia, su tamaño, la necesidad de defender sus extensas fronteras y su sentido de ser una gran potencia y centro de una civilización distinta».

Sin embargo, en relación con los países de la OTAN el presidente ruso mantuvo inicialmente una actitud de colaboración estratégica, que se hizo patente al inicio de las operaciones militares en Afganistán, tanto por la debilidad propia como porque esperaba obtener a cambio una actitud de reciprocidad.

No obstante, durante los dos primeros mandatos del presidente Putin se produjeron unos acontecimientos que incomodaron seriamente al Kremlin: la expansión de la OTAN y de la UE hacia el Este fue percibida como un modo de aislar y excluir a la Federación Rusa de Europa; las revoluciones de colores, que contaban con la simpatía de las capitales occidentales, acercaban la inestabilidad a sus fronteras y amenazaban a Moscú con el efecto dominó; las intervenciones militares en Afganistán (2001) e Irak (2003), al prolongarse en el tiempo, aportaban inestabilidad y fomentaban el radicalismo yihadista en la región, lo que suponía una amenaza directa para la Federación Rusa, que tiene en su territorio —y especialmente en Chechenia— graves problemas con el terrorismo radical islámico; el despliegue por parte de los EE.UU., del sistema de defensa antimisil cerca de las fronteras rusas incomodaba al Kremlin, por mucho que este fuera dirigido contra Irán, ya que de hecho tenía un impacto directo en los equilibrios militares entre la OTAN y la Federación Rusa; la independencia de Kosovo puso de manifiesto que los puntos de vista rusos eran ninguneados; la aproximación de la OTAN a Georgia creó

alarma e indignación, y abría el interrogante de dónde se detendría la OTAN, negando a la Federación Rusa toda área de influencia y reforzando la sensación de cerco.

En agosto de 2008 el Kremlin reaccionó a esta última iniciativa de la OTAN con la intervención militar en territorio de Georgia. Tanto para la OTAN como para la UE fue motivo de importantes tensiones. Desde el punto de vista ruso fue un aviso a Occidente de que estaba entrando en terreno peligroso. Sirvió también para constatar por parte rusa la falta de una estrategia de respuesta occidental ante el uso de la fuerza fuera de sus fronteras.

La expansión de la OTAN a los países bálticos había supuesto desde la perspectiva de Moscú la última concesión admisible. Ya Gorbachov en 1991 había dado por perdidas dichas repúblicas cuando intentó evitar la completa disolución del URSS creando la Comunidad de Estados Independientes (CEI). Al fin y al cabo dichos países habían sido incorporados al Estado soviético con motivo del pacto Molotov-Ribbentrop, de legitimidad bastante dudosa.

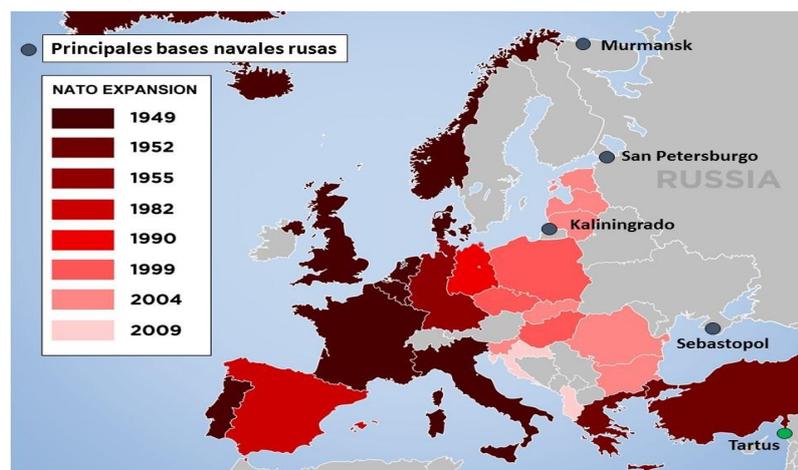
Para el Kremlin aquel cúmulo de acontecimientos, que se sumó en 2008 a la crisis económica producida por la quiebra de Lehman Brothers, supuso un cambio de actitud hacia los países de la OTAN cuyo orden internacional, principios y valores aportaban inestabilidad, le negaban sus aspiraciones de potencia regional y, en última instancia, suponían una amenaza interna para la estabilidad del régimen. Moscú consideraba que tenía que defenderse de la imposición del modelo liberal-democrático que alentaba las revoluciones de colores y que servía de argumento para expandir la OTAN y la UE hasta sus mismas fronteras y para separar de la Federación Rusa a los países que consideraba su área de influencia natural.

Posteriormente, la actitud de los países occidentales en la Primavera Árabe que acogieron inicialmente con entusiasmo los movimientos populares, derrocaron a Gadafi en Libia y dieron su apoyo a los rebeldes sirios, empeoró, desde el punto de vista del Kremlin, la situación antes descrita e hizo que Putin, al volver a la presidencia en 2012, hiciera del rechazo explícito del orden internacional y de los valores occidentales un tema central de su acción política y estratégica. Por otra parte, el presidente ruso también quería poner coto a la protesta y oposición internas que proponían políticas de corte más occidental y que en su opinión debilitaban la posición estratégica de Rusia y podían terminar desembocando en una revolución de color interna.

En septiembre de 2013 en la reunión del Club Internacional de Discusión de Valdai el presidente ruso expuso sus puntos de vista afirmando: «hoy necesitamos nuevas estrategias para preservar nuestra identidad en un mundo en rápida transformación [...] Hemos dejado atrás la ideología soviética. Los que proponen el conservadurismo pre-1917 parecen estar lejos de la realidad, así como los que apoyan un liberalismo de estilo occidental extremo [...] el intento de civilizar Rusia desde el exterior no ha sido aceptado por ninguna fracción significativa de nuestro pueblo [...] entendemos que la identidad y la idea nacional no pueden ser impuestos desde el extranjero desde un monopolio ideológico [...] además de los internos, otro serio reto para la identidad rusa está vinculada a acontecimientos que ocurren en el mundo. Podemos ver como muchos de los países euroatlánticos están rechazando sus raíces, incluidos los valores cristianos que constituyen la base de la civilización occidental. Están negando los principios morales y todas las tradiciones identitarias: nacionales, culturales, religiosas e incluso sexuales. Están implementando políticas que igualan las familias tradicionales con las monoparentales y la creencia en Dios con la creencia en Satán».

Desde el punto de vista occidental preocupaba el uso de la fuerza rusa fuera de su territorio, la deriva autoritaria de Putin y su prolongada permanencia en el poder. No obstante, los grandes intereses económicos compartidos permitieron que las relaciones se mantuvieran aparentemente fluidas.

Crimea y Ucrania cambiaron todo



(Fuente: elaboración propia)

Todo cambió en 2014 a raíz de la anexión de Crimea por parte de la Federación Rusa y la intervención militar en Ucrania oriental, iniciándose por ambas partes una escalada de sanciones económicas y medidas militares que recordaba algunos aspectos de la superada Guerra Fría. Para el Kremlin la integración de Ucrania en la OTAN o la UE era una línea roja infranqueable. Desde el punto de vista económico, impedía que Ucrania se integrara en la Unión Euroasiática; desde el identitario, separaba a Rusia de la otra gran nación eslava, cuna de la nación rusa, desde el geopolítico, contribuía a aislar a la Federación Rusa del resto de Europa y además hacía extremadamente vulnerable su principal base naval militar de Sebastopol en Crimea.

A partir de aquellas fechas las autoridades de Moscú empezaron a practicar una estrategia híbrida encubierta frente a la que los países de la OTAN carecían de una respuesta eficaz y que hizo que creciera la desconfianza mutua. Las desavenencias en el Este de Europa y en el Ártico crecieron. Cada vez parecía más difícil reconducir las relaciones recíprocas de un modo constructivo.

En tales circunstancias, la intervención militar rusa en Siria (septiembre de 2015) y su implicación en Libia (principios de 2017), además de otros objetivos secundarios, pretendía situar a la Federación Rusa en unos escenarios de gran prioridad estratégica para las potencias occidentales con la finalidad de buscar un escenario de encuentro con los EE.UU. La estrategia del Kremlin tenía pues carácter defensivo y, como afirma el ministro Lavrov en el artículo citado, pretende el entendimiento con Occidente poniendo, no obstante, dos condiciones: que se reconozca el rango de gran potencia de la Federación Rusa y que se respete su derecho a decidir sobre sus propios valores sin interferencia externa.

Inicialmente en el Kremlin existía la esperanza de conseguir el entendimiento con el nuevo inquilino de la Casa Blanca. No obstante, en los EE.UU., las relaciones Washington-Moscú se han convertido en un espinoso asunto de política interna que está complicando la relación entre ambas capitales en un momento clave. Además, para los países de la UE su relación con Putin se ha convertido en un campo de minas que podría romper la cohesión de la OTAN y de la UE. Muchos países europeos, sobre todo los más cercanos a Rusia, son partidarios de mantener una firme posición de presión frente al Kremlin.

Sin embargo, parece que la apuesta rusa en Siria está empezando a dar algunos frutos. A principios de este mismo mes de marzo ya se han producido contactos en Siria entre

rusos y norteamericanos para coordinar algunos aspectos de las operaciones militares en curso. Por otra parte, la capital rusa está siendo escenario de una intensa actividad diplomática de alto nivel relativa a Oriente Medio.

Conclusiones

Los acontecimientos ocurridos desde la llegada de Putin al poder han ido distanciando a la Federación Rusa de los países occidentales. La anexión de Crimea produjo una crisis muy profunda. La situación de escalada de medidas económicas y militares no favorece a ninguna de las partes. Los diversos países occidentales tienen sensibilidades e intereses distintos en relación al gran vecino del Este y, no obstante, la cohesión entre ellos es una prioridad para abordar el problema ruso.

El Kremlin está buscando en Oriente Medio una oportunidad para reconducir la relación con Occidente. Con ello, como afirma Blas Moreno, «Rusia ha vuelto al tablero de juego convertida en un actor indispensable»: la derrota convencional del Daesh parece cuestión de semanas; este tiene tres frentes militares abiertos en Siria (Palmira, Raca y la orilla occidental del Éufrates) y uno en Irak (Mosul) y se ve incapaz de contener el avance del ejército gubernamental sirio que con el inestimable apoyo ruso ha adquirido velocidad de crucero en su ofensiva del Éufrates. Esto, evidentemente, no es el final de Daesh, pero el terrorismo yihadista cambiará allí de estrategia, el escenario global de Oriente Medio va a sufrir un importante reordenamiento y la cuestión palestino-israelí ganará protagonismo.

Las miradas se han vuelto hacia la Federación Rusa. Su firme posición en apoyo del Gobierno sirio con la capacidad demostrada para aunar voluntades en coordinación con Turquía e Irán, su acercamiento al conflicto libio, la simpatía e influencia que está ganando en el mundo árabe e islámico, sus acuerdos con Irán, su posición privilegiada para abordar cuestiones de proliferación nuclear y su decidida posición contra el terrorismo yihadista, todo ello ha hecho que no se pueda prescindir de la Federación Rusa tanto en Oriente Medio como para mitigar muchos de los principales conflictos que atenazan nuestro tiempo.

El mundo vive momentos de preocupación e incertidumbre con muchos frentes abiertos, desde Corea del Norte hasta Libia, pasando por el nudo gordiano de Oriente Medio. El modo en que interactúen rusos, norteamericanos y europeos configurará en gran medida la seguridad y el futuro de nuestras sociedades. Es esencial que todos los actores

implicados se esfuercen en comprender las sensibilidades y puntos de vista de las otras partes para buscar, aunque fuere, un mínimo común denominador y sobre esa base expandir con prudencia los ámbitos de entendimiento y colaboración. Es difícil prever lo que va a ocurrir, pero en los próximos meses vamos a vivir acontecimientos decisivos.

*José M.^a Pardo de Santayana Gómez de Olea
Coronel de Artillería (DEM)
Analista del IEEE*